

EL VALOR COMERCIAL DE LAS OBRAS DE ARTE

(Y EL PAPEL QUE REPRESENTA EN LA FIJACION DEL MERITO ARTISTICO DE ESTAS)

Creo que se puede decir sin temor de exagerar, que nada es más arbitrario e inestable que el valor comercial de las obras de arte y, como corolario se puede agregar que es algo imprudente juzgar—antes de que haya pasado bastante tiempo—del verdadero mérito artístico de estas obras, basándose únicamente, para hacerlo, en los precios que han podido alcanzar en ventas privadas o públicas. Son varios los factores que intervienen en estas ventas: en primer lugar, si se quiere, los gustos personales y el mayor o menor grado de cultura de los compradores, pero, en seguida, vienen la moda y el monstruo que esta engendra: el esnobismo y en fin este otro monstruo—que, cuando se introduce en los asuntos del espíritu, debería ser únicamente temible pero que, sin embargo, sirve a veces para enmendar grandes injusticias y levantar el nivel del gusto y de la cultura—que se llama la especulación. Los que como él que escribe estas líneas, han alcanzado a vivir un número de años demasiado (!) respetable tienen esta ventaja sobre las generaciones nuevas, de haber presenciado personalmente, formando de visu su experiencia en este orden de ideas como, por lo demás, en los campos de la ciencia,

de la filosofía y de la política, los más fantásticos y, muchas veces, inverosímiles cambios y trastornos. Y, como lo ha dicho Lafontaine en una de sus fábulas: «*Quiconque a beaucoup vu peut avoir beaucoup retenu*», los que gozan de este problemático y, en todo caso, amargo privilegio, saben demasiado con qué prudencia se deben acoger los grandes éxitos de público de ciertas obras, del mismo modo que los bulliciosos fracasos de otras, porque no ignoran, por haberlo visto, que pocos años bastan para que aquellas caigan en un casi siempre justificado olvido, mientras las que habían sido escarnecidas, y sus autores, cruelmente vilipendiados, llegan definitivamente al pináculo de la gloria.

¿A qué obedecen estos radicales cambios de opinión del público en los asuntos artísticos? He aquí un ensayo de explicación que los lectores encontrarán quizás algo pedantesco, pero que creo, por lo menos, lógico. El hombre, considerado en general, tiene indudables aspiraciones artísticas naturales que han precedido a todas las civilizaciones: prueba de ello, la dan los descubrimientos arqueológicos de la prehistoria; pero este hombre medio que compone la masa del gran público es, tam-

bién en general, un ser apegado a sus costumbres y que tiene instintivamente miedo a todos los cambios en éstas y, particularmente a lo que puede significar un esfuerzo intelectual.

¿De qué manera, en estas condiciones, puede satisfacer las aspiraciones artísticas que forman parte de su naturaleza? Pues bien, muy sencillamente: dentro de este gran público más o menos amorfo, hay individuos que tienen facilidades especiales—lo que, por lo demás, constituye un misterio—por el dibujo, la pintura, la música, pero que carecen de genio o, si quiera de las cualidades de carácter de inteligencia y de voluntad indispensables para adquirir una cultura superior que les permitiera desarrollar y perfeccionar estas disposiciones naturales. Estos individuos se contentan, por consiguiente, con explotar esta mediocre facilidad para cualquiera de las Bellas Artes, sin gran trabajo y esfuerzo. Mientras tanto, a gran masa del público que encuentra en las pobres obras de estos mediocres artistas una manera de satisfacer sin obligación de mayor esfuerzo, ya que están al nivel de su propia inteligencia y cultura, sus aspiraciones artísticas se encanta con ellas y se enfurece, cuando espíritus más



Teófilo Allain, «Estudios», agua fuerte

cultos e inteligencias más despiertas y progresistas quieren imponerle ideas y fórmulas nuevas que ofenden sus pequeños gustos personales. Es por eso que se ha visto—«*Les exemples vivants sont d'un autre pouvoir*», ha dicho Cornille en «El Cid»—como un Bouguereau, por ejemplo, triunfaba y sus obras alcanzaban precios considerables, en los momentos en que un Manet o un Renoir, no solamente no podían vender sus obras a ningún precio, sino que eran objeto de sangrientas burlas, cuando no eran protestas enfurecidas de parte de este público que, mirándose como en un espejo, en

las obras almibaradas de los Bouguereau y compañía, no querían admitir que se le procurara sacarle de su, triste pero cómoda mediocridad.

Llevando hasta el extremo las consecuencias de lo que acabo de escribir, se podría sentar como un precepto que el éxito demasiado bullicioso de parte del «gran público», de una nueva obra de arte es generalmente pasajero y hace que esta obra sea más bien sospechosa.

Por lo demás, no es únicamente en las artes plásticas que se observan estos errores del gran público: son históricas las injusticias de que ha sido víctima un genio como Gluck, en favor de un Piccini, las cometidas con Berlioz, con Wagner, con Debussy, aun con Bizet, cuya «Carmen» fué un fracaso al principio: en cuanto a la literatura, se puede dar como símbolo de los verdaderos gustos de este «gran público» que algunas personas consideran como el juez supremo, cuyas sentencias deben ser consideradas como inapelables y definitivas para calificar el mérito de obras de arte, se puede dar como símbolo—decía—la carrera triunfal de un Jorge Ohnet, cuyas novelas que son el prototipo de la culsilería y de la estulticia dieron, sin embargo, millones a su autor.

Dije más arriba que uno de los factores que intervienen en la venta de las obras de arte es la especulación, algunas veces vergonzosas, pero otras veces reparadora y benéfica. Efectivamente es a una especulación sabiamente preparada por Georges Petit, que se hizo al fin justicia al gran Millet que hasta su muerte, vivió en la ma-

yor estrechez y cuyo famoso cuadro del «Angelus» que alcanzó a ser pagado en más de un millón de francos, había sido vendido por el autor, apenas por mil francos; es a una especulación de Durand-Ruel que se debió el triunfo de la escuela impresionista, para no referirme sino a lo que han visto mis propios ojos.

Y el gran público—¡juez infalible y supremo!—¿qué fué su papel durante todos los vaivenes de aquella época de la evolución del arte? Pues bien, fué el de darse cita ante el «Angelus» de Millet—difícilmente admitido al Salón oficial—para reírse y hacer chistes graciosos, de enfurecerse, en el famoso «Salón des Refusés» del año 1867, ante las telas de los Manet, Monet, Sisley etc. y, después, ante las estatuas de Rodin etc.

Pero, aunque a veces tarda algo, viene siempre la hora de la justicia: para los impresionistas sonó al principio de este siglo, en la Exposición Internacional de 1900 y fué triunfal. El «gran público» resistió algún tiempo antes de rendirse, pero cuando lo hizo fué para ejercitar, con estas nuevas armas, toda su acción «infalible» y omnipotente contra las escuelas modernas que se estaban formando ¡Noble gran público!

¿Por qué me han sido inspiradas estas reflexiones sobre el valor comercial de las obras de arte y lo que representa éste para calificar el verdadero mérito de estas obras? En el número del diario francés «Excelsior» del 1.º de abril último me llamó la atención un párrafo en el cual leí los nombres de grandes pintores modernos a los cuales aludí más

CRONICA DE EXPOSICIONES

arriba y cuyas obras, cuando las pintaron eran objeto de las burlas o de las iras del gran público, y naturalmente no se vendían a ningún precio, lo que era, para el gran público la prueba de su ningún valor, cuando los Bouguereau y los autores de pequeños cuadros de género, alcanzaban precios respetables.

He aquí el párrafo de «Excelsior»: «—200, 500 francos para un cuadro de Renoir.—Las 38 obras que componían la colección de un aficionado inglés han sido rematadas ayer.

«Una pintura de Renoir», *Les Moissonneurs* fué vendida en 200,500 francos. Entre los Bonnard, se pagó: «*Fantassin a l'enercice*», 17,000; «*La Ola*» 20,000; la *Costurera*, 52,000. Una acuarela de Cezanne alcanzó 31,000 francos; una *Marina* de Manet: 39,000; «*Les Pommiers en fleurs*, de Pissarro: 31,100 y un «*Efecto de lluvia*» del mismo autor: 31,100; un Rodin: «*Cabeza de Balzac*, 10,500. El total de la venta alcanzó a 680.000 francos».

Et voilà!

Se puede agregar un pequeño comentario a esta información. Como las obras en cuestión y sus autores han pasado ya por el cruel calvario de las incomprendiones y de las injusticias, se puede considerar que están ya fuera del alcance de los vaivenes de la moda y que su «valor comercial» está ya definitivamente fijado, lo que es una buena lección para los que tienen demasiada confianza en los juicios del «gran público» «amateur», de cosas amables y bonitas...

R. B.

Desde el fin del mes de abril, hemos entrado en el ciclo de las exposiciones de Bellas Artes que se reparten entre las distintas galerías y salas de exposiciones de Santiago, todas bien instaladas y algunas aun muy elegantes y lujosas; el hecho de que en todas estas salas, las exposiciones individuales se suceden semana tras semana, atrayendo siempre un público muy numeroso, dice mucho en favor de la cultura siempre creciente del gran público chileno. En cuanto a los artistas, no se pueden quejar de la falta de facilidades para presentar sus obras, a medida que las están ejecutando, en las mejores condiciones posibles. Uno queda maravillado, cuando compara lo que, a este respecto, está pasando ahora con lo que pasaba en una época no muy lejana todavía en que los únicos sitios en que un pintor podía exhibir sus trabajos—fuera de los Salones Oficiales de fin de año—eran las vidrieras de las grandes casas de comercio de novedades (Casa Francesa y otras), cuando los dueños de aquéllas tenían la amabilidad de facilitárselas, es así como el que escribe estas líneas, cuando llegó a Santiago, trayendo del sur, el primer cuadro de gran tamaño ejecutado por él en Chile, pudo exhibir éste en una vidriera de la calle Estado, colocado muy sencillamente entre corbatas, cuellos y otras prendas más íntimas...

En este número de la «Revista de Arte» y en los anteriores de este año, nos hemos ocupado ya

de las primeras exposiciones de la temporada de 1938, pero la abundancia de estas, y el espacio reducido de que disponemos, nos obliga a señalar únicamente, sin extendernos mayormente sobre ellas—fuera de casos excepcionales por el mérito o la novedad—las exposiciones que seguirán sucediéndose en las diversas salas de Santiago.

Exposición Allain en la Sala del Banco de Chile

Es así como—pero, en este caso, con especial interés—señalaremos la exposición de cuadros al óleo, acuarelas y grabados, del distinguido pintor peruano don Teófilo Allain que, por primera vez, según creo, se presentó en Chile

